

RUSIA

16 ¿Qué ha pasado tras la URSS ?

EL DERRUMBE DEL MUNDO COMUNISTA

*Afortunadamente en la década de los 80, no cuajó la trágica admonición que el novelista inglés George Orwell había hecho en su obra titulada **1984**, en la que predecía que para dicho año el “Big Brother” habría implantado un dominio totalitario y deshumanizante en todo el globo. Ocurrió todo lo contrario. El totalitarismo comunista y ateo, que parecía inexpugnable desde dentro (dado su control total de la sociedad) e imbatible desde fuera (dado su poderío militar y nuclear), comenzó a tambalear desde 1985 y se derrumbó estrepitosamente en el 89.*

La gigantesca estatua de Stalin, que presidió por años la plaza central de Tirania, capital de Albania, y uno de los países más estridentemente comunistas, se parecía mucho a la famosa estatua avasalladora de Nabucodonosor, que nos describe el capítulo 3 del libro del Apocalipsis de Daniel. La gigantesca estatua, a pesar de su cabeza de oro, pecho de plata y muslos de acero, comenzó a caer al desmoronarse su pie de barro. Ese pie sobre el que debe apoyarse todo sistema político, que llamamos pueblo o voluntad popular de los obligados a obedecer. Huracanes de libertad comenzaron a recorrer desde 1989 los países comunistas que giraban alrededor del sistema político soviético. Y se inició una *revolución de la mente*, como la llamó Gorbachov hablando con Juan Pablo II el 1º diciembre de 1990, que produjo acontecimientos en velocidad progresivamente creciente. En 10 años, en Polonia, el sindicato Solidaridad acabó remplazando el régimen comunista. En 10 meses, en

Hungría, el Partido Comunista cambió su nombre y sus símbolos y adoptó los de un partido socialista democrático. En 10 semanas, en Alemania, se tumbó el muro de Berlín, se abrió la puerta de Brandeburgo y pudieron circular libremente los ciudadanos de ambas Alemanias, cambiando el régimen. En sólo 10 días, en la antigua Checoslovaquia, volvió a florecer la “Primavera de Praga”, que había sido aplastada en 1968 por los tanques soviéticos. Y en 10 horas, en Rumania, fue fusilado expeditamente el déspota Ceaucescu, bien asentado por años sobre la fuerza de la represiva Securitate...

DOS LIDERES QUE CONDENSAN 10 AÑOS

A pesar del descrédito de los líderes, todavía hoy uno se inclina a dar razón a la tesis de Carlyle acerca de los “*hombres providenciales*”, esos personajes que cambian el destino y la historia de los pueblos a grandes trechos. Aunque no podemos olvidar que esos conductores son tales precisamente porque ellos saben captar, interpretar la voluntad popular y conducir los grandes cambios que las masas intuyen y quieren. Los auténticos líderes (como en una especie de *surfing* político) cabalgan sobre la cresta de las grandes olas, a veces embravecidas, de las masas populares (el bravo pueblo). Y ahí radica su genuino liderazgo. “Lider es aquel que sabe llevar a su pueblo de donde está a donde debe estar”, dijo acertadamente Henry Kissinger, quien fuera experimentado Secretario de Estado de Nixon. Ello requiere en el líder una gran visión, un gran coraje y una rarísima habilidad política. La reciente historia de Rusia, a partir de lo que fue la URSS (Unión Ruso Socialista Soviética) está signada en estos 10 años por dos hombres, líderes ambos, aunque muy diferentes en estilo, personalidad e ideas.

Gorbachov. Nacido en 1931, en la feraz Stavropol, al sur de la URSS, representó un total relevo generacional, si se tiene en cuenta la gerontocracia que venía gobernando la URSS

(Chernenko, Andropov, Brezhnev). Era muy posterior a la revolución bolchevique de 1917 y apenas un adolescente en la Segunda Guerra Mundial. El mismo se retrató en su libro *Perestroika*, cuando consigna: “Por primera vez, en tantos años, podemos ver en el Partido y en los líderes del gobierno, gente con rostros humanos en lugar de esfinges con rostros de piedra. Eso solo es un gran logro” (Bogotá, Oveja Negra 1987, p.66). Su estilo personal fue franco, directo, amigo de decir la verdad. Así lo recomienda en su libro: “A nuestro pueblo no le gusta que lo engatusen. Ellos deben saber la verdad. Uno no debe temer a su propio pueblo. La franqueza es un atributo del socialismo”(p. 52). Fue el primer líder que utilizó la TV como arma política, mostrando dotes de gran comunicador y que sabía manejar el efectismo teatral para obtener seguidores. Gorbachov entendió la política como lo que es: el arte de lo posible. Y así lo practicó tanto a nivel nacional como internacional.

Entre 1985 - cuando llega a Primer Secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética- y 1991 -cuando es defenestrado políticamente- Mijail Gorbachov desmontó el marxismo ortodoxo de la Unión Soviética e intentó llevarla progresiva y gradualmente hacia formas políticas democráticas y hacia formas económicas de mayor productividad, con elementos capitalistas. A Gorbachov lo animó una nueva visión del socialismo y de las relaciones internacionales, algo que se había echado de menos en sus vetustos y apergaminados antecesores. Mostró un tesón y una voluntad de acero en ir adelante a pesar de las dificultades y de la pesadez de esa mole soviética que había que mover y poner a funcionar mejor. Se reveló maestro del ajedrez político en estrategias y tácticas. Y así lo recomienda en su libro: “ No jugar al revolucionarismo, no arrebatarse, no agitarse” (p. 54). No puede negarse que Gorbachov mostró en 6 años cualidades excepcionales de líder, como estadista, político, transaccionista y comunicador. Con habilidad política, Gorbachov se ubicó en el centro del espectro político soviético de su momento. A su derecha tuvo a ideólogos

ortodoxos marxistas, duros y conservaduristas, como lo era Yegor Ligachev. Y a su izquierda estaba flanqueado por quienes impacientemente, como Yeltsin, querían cambios más rápidos y audaces para ir hacia el Mercado capitalista y hacia el desmonte de la Unión Soviética. Como lo dijo, sabía que “*el líder no debe ir demasiado adelante de sus compañeros*”. Los comentaristas de su época relieván el sentido del momento y de la oportunidad, que tenía. Sabía exquisitamente cuándo empujar y cuándo retroceder. Bien lo caracterizó Andrei Gromiko (por muchísimos años Ministro de Relaciones Exteriores de la URSS) y quien bien conocía la Nomenklatura soviética: “*Es alguien que tiene una mordedura de hierro tras una amable sonrisa*”.

A Gorbachov se le deben muchas cosas positivas. A nivel planetario, lo más importante, fue el deshielo y desmonte de la terrible guerra fría casada con EUA y en que vivió nuestro mundo 40 años, con peligro de una hecatombe nuclear. Propició una oxigenación informativa (*glasnost*) y una reestructuración democrática (*perestroika*) de la URSS. Se mostró propicio a construir con sus vecinos “la gran casa común europea”. Entabló relaciones con el mundo creyente ortodoxo y relación amistosa con la Iglesia Católica, después de 70 años de hostilidad (fue diciente su visita al Papa Juan Pablo II el 1º diciembre de 1990). Sin Gorbachov al mando del Kremlin no hubieran podido darse tantos cambios como se dieron en la pasada década.

Es lástima que su obra hubiera quedado trunca debido a la cerrada oposición ortodoxa de los comunistas y a la impaciencia loca de los revisionistas. Fue aplastado por los dos extremos. Por la extrema derecha de los ortodoxos del Partido y de los aparatchiks que no querían el cambio ni soltar su poder y sus privilegios de años. Y por la extrema izquierda, progresista, demagógica e impaciente que quería cambiarlo todo, sin consideraciones ni rodeos. Yeltsin encarnó esta última posición.

Yeltsin

En 1990 se publicó en Londres una autobiografía de Boris Nikoláievich Yeltsin, de 250 páginas, titulada *A contrapelo* (Against the grain) que lo retrata bien. Originario de una familia de labriegos pobres, , fue estudiante y trabajador infatigable, hombre decidido a vencer los obstáculos. Desde niño se mostró rebelde e inteligente. “Soy tosudo, áspero; a veces es difícil soportarme”. Uno de sus



pasatiempos era pelear en bandas: “Organizábamos peleas entre barrios con palos, pértigas y a puñetazos; éramos 60 o 100 los contendores”. Ese carácter suyo franco y recio puede explicar algo la acogida que le dispensaron los rusos. Tuvo carisma con las masas, supo escucharlas y apoyarse en ellas. John Kohan, un estudioso de los soviéticos, ha observado que “a lo largo de la conflictiva historia de Rusia, el compromiso siempre ha sido considerado como un síntoma de debilidad”. El buscar compromisos, arreglos, acomodados, es algo que Yeltsin criticó fuertemente de su antecesor, Gorbachov. Y así ha actuado.

Cuando tras un año largo de Presidente, vió que el Parlamento ruso (la Duma), controlado por los comunistas, ni gobernaban ni dejaban gobernar, ni cortaban ni prestaban el hacha, Yeltsin cortó los compromisos iniciales a golpes de decretos y de tanques. Clausuró el Congreso de 1.033 diputados, lo cercó y lo obligó a rendirse. Fue un gesto decisivo, al estilo

de Fujimori, que no lo acredita como demócrata, pero sí como hombre de acciones directas, decididas y populares. El viejo Parlamento comunista y la nueva Presidencia encarnada en Yeltsin, era (al estilo de los Roses) una pareja dispareja, distanciada y peleadora, que no podía durar mucho. En agosto de 1991, se encaramó en la escotilla de un tanque en la Plaza Roja, desde allí arengó al pueblo, y desmontó el golpe reaccionario que unos militares y la vieja guardia comunista estaban propinando a Gorbachov y a la perestroika. Pero poco después se quedó con el poder de su protegido.

Hay dos debilidades que los periodistas suelen comentar acerca de Yeltsin. Su afición al licor y a las mujeres. Se cuenta que en febrero de 1931, cuando lo bautizaron en la pequeña aldea de Butka, el pope (cura ortodoxo) se pasó de copas, y al sumergir al pequeño Boris en la pila de agua bendita, por poco lo ahoga. Lo rescataron a tiempo. Pero la víctima quedó más aficionada al vodka que al agua bendita. Este factor, añadido a su temperamento sanguíneo e impulsivo, con las graves y acuciantes responsabilidades asumidas por la actual Presidencia rusa, ha desembocado en su delicado estado de salud, acabando de ganar unas difíciles elecciones .

Yeltsin y Gorbachov son los dos innegables líderes del mundo soviético en los 10 últimos años. Pero se contraponen, y uno acabó sustituyendo al otro. Alguien ha comentado que son como Mozart y Salieri; pero en este caso no sabemos quién es Mozart. Si Gorbachov no hubiera tenido a Yeltsin, hubiera tenido que inventarlo, para untar de pueblo a su revolución y darle un cariz impuulsivo. Pero si Yeltsin no hubiera tenido a Gorbachov, ni habría aparecido en escena (pues fue Gorbachov quien lo llevó a Moscú y le dió poderes) ni habría tenido un referente histórico y doctrinario que le mostrara el derrotero a seguir.

FRONTERA, 4 noviembre 1996